

CLAIRE KELLS

La chica

El fondo del lago

 Planeta

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de la autora

Créditos

Para mamá

1

Siempre me gustó el agua. Mi primer recuerdo es abrir los ojos en la alberca de mi vecindario y ver el mundo a través de ese estado extraño. A nadie le sorprendió cuando supliqué entrar a clases de natación a los tres años, mucho más joven que mis hermanos mayores, más aventureros. Cuando mi madre me vio tirándome un clavado desde lo alto, aquel verano antes del kínder, se horrorizó, pero no se sorprendió. Quiso prohibirme ir a la alberca durante una semana; mi papá tuvo una idea distinta: «Tiene que entrar al equipo de natación».

Después del accidente mis instintos cambiaron. Incluso un niño pequeño sabe que no debe respirar debajo del agua, pero de alguna forma mi mente se opuso a todo lo que yo había aprendido en la vida. Pensé que era permanente.

Pensé que el miedo era para siempre.

2

La fila de revisión avanza de forma tortuosa como es habitual: alto y siga, el equipaje de otras personas cae junto a mis pies. Después de treinta minutos de disculpas poco sentidas, uno de los revisores de seguridad me hace una señal con la mano.

Observa mi licencia de Massachusetts y sonrío con superioridad.

—¿Estás segura de que eres tú?

—Sip. —Le ofrezco una sonrisa forzada. Esa fotografía no es del momento del que más me enorgullezco: con el rubio cabello despeinado y enredado, los ojos rojos, la piel pecosa más pálida que las nalgas de un bebé. Fue en febrero, una semana antes de los exámenes parciales. Nunca saques tu licencia de manejo en febrero.

—Ahora eres morena.

—Sip. —Los preciosos segundos pasan.

—Okey —dice, y me la da—. Pasa.

Tomo mi licencia y avanzo hacia la fila más cercana. Una familia de seis miembros se agazapa frente a mí, malabareando Uggs, mochilas de Disney y un juego completo de paraguas. Un bebé voltea sus bolsillos y cincuenta monedas de un centavo se riegan por el suelo. Las levanto mientras sus padres persiguen a sus otros hijos.

Cinco interminables minutos después, estoy cruzando la máquina de rayos X, sin zapatos y con los brazos a los costados.

—Pasa —dice la mujer con la cantidad de entusiasmo que uno esperaría de alguien que ha dicho lo mismo mil veces durante el día.

No es que las multitudes se abran a mi paso mientras corro hacia la puerta de embarque, pero me he vuelto buena en esto. Algunas personas corren con torpeza: las bolsas de mano vuelan, las maletas se tambalean tras ellos sobre los suelos alfombrados. Los tipos de la clase ejecutiva caminan con una gracia ensayada y eficiente. Yo estoy en medio: algo estresada pero no enloquecida. Olvidé cenar, eso sí. Mi estómago da un vuelco cuando paso corriendo junto a las cafeterías y los puestos de helado de yogur.

La cosa es así: pude haber evitado todo esto, pude haber llegado a tiempo, relajada, y disfrutar una cena decente o al menos un sushi en caja antes de mi vuelo. Phil Markey me ofreció un aventón al aeropuerto después del entrenamiento de esta mañana, lo que me sorprendió porque los chicos de último año normalmente no le hablan a las de segundo, en especial a las de segundo que no destacan en la alberca precisamente. Pero no pensé mucho en ello. «¿Un viaje con el capitán adjunto?» Dije que sí.

Mi emoción disminuyó cuando Phil llegó a mi dormitorio con Colin Shea en el asiento de enfrente. Colin Shea: serio, callado y terriblemente talentoso. Lo había evitado desde el primer día del primer año, y también la idea de intentar explicarle a Phil por qué...

Así que me eché para atrás. Mi excusa ni siquiera tenía sentido, era algo sobre que me daban mareos en la carretera y la música *country*. A Phil no le importó, pero Colin sí se dio cuenta. Él siempre se da cuenta.

Como si lo hubiera invocado, Colin sale de la fila en Starbucks justo cuando estoy doblando la esquina. Está pagando un café, un venti, de hecho. «¿Quién compra café justo antes de un vuelo nocturno?» Y no solo un café, sino uno gigante. Ni siquiera se molesta en ponerle crema y azúcar. Le da las gracias al exhausto vendedor, echa unas monedas en el frasco de propinas cuando nadie mira y se va trotando hacia la puerta.

Claramente es el último en abordar. Bueno, el penúltimo. «¿Por qué no subió antes?» Espero que, por Dios, no estuviera aguardando a que yo apareciera. Phil sabía que todos teníamos reservaciones para el mismo vuelo a Boston, y Colin se siente extrañamente responsable de él. Probablemente piensa que llegué tarde por él. Lo cual es verdad, pero nunca lo sabrá.

Espero un minuto y abordo justo antes de que cierren las puertas. Con suerte él estará sentado en algún lugar al fondo. Conseguí un asiento en la fila de la salida de emergencia con una astuta treta, y apuesto a que Colin simplemente eligió la opción más barata.

En la puerta, la empleada reacciona ante él igual que el vendedor de cafés: asombrada por su tamaño y su brillante cabeza calva, tranquilizada por su sonrisa. Escanea su pase de abordar, se lo devuelve e incluso logra ofrecerle un sincero «Que tenga un buen vuelo».

Cuando el anuncio final de abordaje resuena sobre nuestras cabezas, avanzo. La terminal se siente más tranquila ahora, incluso silenciosa. Mañana, el día antes de Acción de Gracias, el caos explotará de nuevo. Un conserje vacía enormes botes de basura. Dos asiáticas tallan los mostradores del Panda Express. Un hombre con barba vestido con un saco de *tweed* ocupa una de esas sillas de masaje, con el celular en la oreja, frotándose las sienas mientras el reloj se desliza hacia la medianoche.

La empleada me ofrece una de esas sonrisas vacías de atención al cliente, del tipo que no espera ser correspondida.

—Que tenga un buen vuelo —dice. Está cansada. Yo estoy cansada. Evité el desastre con Colin Shea y ahora solo quiero llegar.

Al doblar la esquina, la puerta de la cabina se abre ante mí. Una sobrecargo regula la transición de la rampa al avión, donde me recibe con un alegre «¡Bienvenida!». No parece molestarle que abordé tarde, pero a los pasajeros de primera clase sí. Escurren sus toallas calientes y me

echan miradas molestas como si me hubiera orinado en su champaña de cortesía.

Me apresuro a pasar por esas codiciadas filas y entro a la estrecha y deslucida área conocida como clase turista. La escena es familiar: padres cansados y bebés llorones, ancianos con bastón, universitarios enviando sus últimos mensajes de texto. El espacio personal importa un bledo en la clase turista. La gente se recarga una contra otra, una sobre otra, todos sobre todos. Phil está en uno de los asientos al frente. Maldito suertudo. Me guiña porque eso es lo que siempre hace; yo le respondo con una sonrisa.

—Lo lograste —dice.

—Por muy poco.

—Es un infierno, ¿no? —Señala con disimulo hacia el caos que hierve detrás de él.

—Uno muy especial —le digo, esforzándome demasiado por sonar chistosa.

Asiente y vuelve a la transmisión de «SportsCenter» en su iPad. No fue la mejor de las interacciones, pero tampoco la peor. Al menos notó mi presencia. Me preocupaba que nunca volviera a hablarme después del fiasco del viaje en su coche.

Después de revisar con rapidez esas caras desconocidas, bajo la mirada y comienzo a avanzar. Más adelante, un hombre de proporciones generosas se derrama por el pasillo. Me pega con un codo, luego con una rodilla. No se disculpa. Está bien. Así pasa en uno de los días con más viajes del año. La mayoría de las personas pelean con los compartimentos para el equipaje, pero unas cuantas me contemplan mientras avanzo por el pasillo. Un adolescente desvergonzado incluso gira su cabeza para echarle una mirada golosa a mi trasero.

«Diez... once... doce...» 12F. Ventanilla. No es primera clase, pero tampoco es el 32B. Me detengo y miro hacia arriba. Lo primero en la agenda es identificar a los niños en las cercanías: los pequeños son malos, los bebés una pesadilla. Hay dos de estos últimos en las filas que están justo detrás de mí. El pequeño en el 13E trae una camiseta de

beisbol y el del 14F nada dentro de una diminuta kurta india. Los cuatro padres me lanzan la misma sonrisa vacilante, como si una actitud positiva pudiera ser la clave para tener un viaje sin interrupciones y libre de lloriqueos. En la fila 15 hay otro chico de unos seis o siete años, pero está completamente concentrado en los aparatos electrónicos de su papá. Es una buena señal. Espero que los más pequeños se hayan saltado sus siestas de hoy y duerman durante todo el vuelo.

Solo hay otra persona en mi fila: un cuarentón con un traje que le queda grande. Habla por teléfono, ordenándole a un pobre becario que termine el papeleo antes de los días festivos. El hombre se ve como si no hubiera soltado una sonrisita desde los ochenta. Me alegra que estemos juntos. No parece platicador.

Maniobro para pasar por delante de sus piernas y me acomodo en mi codiciado asiento con ventanilla. La persiana ya está arriba, revelando el derroche nocturno de San Francisco y el horizonte de Oakland en la distancia. Las luces amarillas salpican las colinas del este y desaparecen en la brumosa división entre el cielo y la tierra. Al oeste, está San Francisco tras una empinada muralla de niebla.

—Disculpe.

La aeromoza se inclina sobre mi fila con una mueca en los labios de un profesionalismo practicado. Pero mis ojos no la observan mucho tiempo; van hacia el chico de un metro noventa y tres y hombros anchos que está junto a ella.

Colin.

Trago saliva con dificultad.

—¿Sí?

—Este caballero estará con usted en la fila de la salida de emergencia.

A dos asientos, el del traje barato suelta un gruñido. Colin le murmura un «gracias» a la aeromoza y se acomoda con dificultad en el temido asiento de en medio. Tiene unas piernas largas y torpes, y probablemente las usó como pretexto para conseguirse un asiento en la zona con más espacio. Una oleada de molestia me recorre. Definitivamen-

te planeó todo: me vio caminar por el pasillo y tomar mi lugar; luego puso como pretexto que sus piernas son demasiado largas para el 32B o donde sea que debería estar.

Mientras Colin se acomoda, rebusco en mi bolsa haciendo un escándalo. *Laptop*, lector electrónico, plumas, un gorro de natación roto. Algunas monedas y otras cosas que no logro identificar solo con el tacto. Sigo buscando.

Laptop. Perfecto. Me pongo los audífonos y la enciendo, pero la batería está muerta. «¿Cómo pasó?» Entonces tomo mi teléfono. Solo tengo una canción guardada en la memoria y es una muestra de la compañía telefónica, pero tendrá que bastar.

Hasta ahora todo bien. Colin estira sus largas piernas y aprieta sus codos contra su cuerpo. Para ser tan alto, ocupa una cantidad de espacio increíblemente mínima. La mayoría de las personas de su tamaño ponen sus codos en los descansabrazos en cuanto se sientan, anulando todo espacio personal. Varios proceden a cabecear y roncar o, peor, terminan recargándose en mi hombro. Al menos Colin tiene algo de conciencia de lo que lo rodea. O al menos se está esforzando mucho en aparentarlo.

Colin pasa su enorme mano sobre su cabeza calva cuando se estira para tomar una copia maltratada de *Grandes esperanzas*. Aunque estoy haciendo mi mejor esfuerzo por mirar hacia otro lado, alcanzo a ver la petición escrita a mano, a nombre de Colin, de regresar el libro en caso de encontrarlo y la dirección de Dorchester garabateada en la cubierta interior. Resisto el súbito e inexplicable deseo de preguntarle sobre eso: «¿Eres de Dorchester?». Cuando nos conocimos hace un año me dijo que era de Boston. Lo que no es exactamente una mentira. Pero Boston te hace pensar en clubes campestres y ricos herederos; Dorchester significa que probablemente aprendiste a nadar detrás de una reja de malla de gallinero.

Supongo que los detalles no importan. Es mejor actuar con desinterés, cerrar los ojos y dejar que las horas pasen. Porque lo harán, y cuando aterricemos nuestros rumbos van a separarse.

Las luces se atenúan, las llantas dan un bandazo y el avión se mueve hacia atrás. El cascarrabias con traje suelta una última serie de órdenes en su celular mientras el caballero frente a mí ya está roncando. Suena como si su garganta librara una batalla contra sus cuerdas vocales, una verdadera lucha a muerte. Pongo la música de muestra a todo volumen. Lenta y tranquilamente, los ruidos del viaje aéreo se difuminan hasta volverse un zumbido ahogado.

Cierro los ojos. En seis horas habré llegado.

Estaré en casa.



Una playa gris aparece frente a mí, cubierta por un cielo sombrío. La escena parece no acabar nunca, arena y cielo, dos enormes fantasmas unidos en un desolador abrazo. El mar va y viene distraídamente sobre la playa. Me moja los dedos de los pies, los tobillos, las rodillas y luego retrocede.

A la distancia una ola se eleva, negra, sin forma, inevitable. Aunque mi mente procesa la amenaza, mi cuerpo se niega a responder. Mis músculos no se contraen. Mis pulmones se niegan a hincharse. Paralizada, contemplo la pared de agua que crece frente a mí, haciéndose cada vez más fuerte antes de tragarme por completo...

La ola no es de agua sino de ruido: sonidos humanos. Llantos, gritos. El eco distante de las voces provocadas por el pánico.

Jadeando, abro los ojos de golpe y descubro que no estoy sola en una vasta playa gris. Estoy en mi asiento. Unos tubos de plástico cuelgan del techo. Las bandejas para la comida se estremecen en su lugar. La cabina está iluminada por una luz parpadeante, aunque más allá de mi ventana el cielo es de un lúgubre negro sin estrellas.

Al hombre que estaba junto a Colin se le cayó algo y ahora gatea hacia el frente. El avión se lanza en picada en esa dirección, empujándonos a todos hacia el frente como

un sube y baja desbalanceado. Parpadeo varias veces, enfocando las imágenes, rezando porque simplemente desaparezcan, pero el sonido las hace reales. «Dios, el sonido...»

Me cubro las orejas pero encuentro la resistencia de los audífonos. El cable vuela sin peso que lo sostenga, y en algún rincón distante de mi mente considero las consecuencias de perder el celular. Luego el avión se lanza en picada y mi atención se desplaza hacia la ventana.

La persiana sigue abierta, ofreciendo una vista inmaculada de una nada burlona. Podríamos estar en el fondo del mar o en el espacio a un millón de kilómetros; es imposible saberlo. Presiono la frente contra el cristal, esforzándome por ver algo. Lo que sea. Luces, gente, casas, coches. O quizá una pista de aterrizaje llamándonos a tierra.

Pero ahí afuera no hay nada. Nunca había visto una oscuridad tan absoluta. Podríamos estar en cualquier lugar; podríamos estar en ninguna parte.

Las mascarillas de oxígeno rebotan en los asientos como resortes. Una maleta con estampado de leopardo cae en la puerta entre primera clase y turista. Las luces parpadean. Las alarmas resuenan. El zumbido del aire amenaza con reventar mis tímpanos, incluso con los audífonos puestos. Me los quito para enfrentar el violento ataque de lo que está pasando.

Y entonces, finalmente, me doy cuenta de que estamos cayendo. Otras personas, doscientas, comparten esta pesadilla, ven los mismos horrores, experimentan la misma desesperación y oyen el mismo golpeteo del aire y los motores. Nuestros caminos debían separarse de nuevo en Boston, pero no lo hicieron. Estamos aquí. Estamos por llegar al final. Juntos.

No conozco a estas personas. No las quiero ni me importan y ni siquiera sé sus nombres. ¿Sería más fácil si los supiera? ¿O lloraríamos con más fuerza, aferrándonos a los que amamos?

El avión da un bandazo y mi cuello se azota contra el respaldo del asiento. Un dolor agudo corre a toda veloci-

dad por mi pecho, luego desaparece. Siento una mano en mi hombro, tibia, suave, firme. Y en ese momento, todo se queda en silencio. En calma.

—¿Estás bien?

«Colin.»

Su voz es más amable de lo que recordaba, me toma un momento entender por qué: la incertidumbre se ha ido. La timidez también. La careta que usa para enfrentar nuestras forzadas interacciones ha caído y ha sido reemplazada por una persona diferente, más fuerte, más real.

En ese momento, solo una pregunta se planta en mi mente: «¿Por qué?».

¿Por qué Colin Shea está conmigo, cuando debería estar sentado en otra parte? ¿Por qué no está intentando salvarse a sí mismo como los demás? ¿Por qué no está hablándole a su mamá o papá o a alguien que de hecho le importe?

«¿Por qué de pronto siento como si lo conociera de toda la vida?»

Mi visión se aclara. Ahora puedo ver sus ojos con claridad. Son de un azul vibrante y turbulento, del color del cielo justo antes del alba. Oscuro, pero en cierta forma reconfortante.

—Estoy bien —le respondo.

Levanta el descansabrazo y toma mi mano; el pánico que hierve al fondo de mi garganta retrocede.

—No quiero morir —murmuro, más para mí misma que para él, pero debe de haberme oído porque estrecha mi mano con más fuerza.

—No morirás. —Aprieta nuestros cinturones de seguridad y me pasa una almohada que debe de haber rescatado del asiento junto a él, ahora vacío.

—Esto no es mío...

—Lo sé —dice Colin—. Es para tu cuello.

Los gritos se elevan y caen con el avión en picada; en algún lugar, una puerta se azota y el carrito de las bebidas rueda torpemente por el pasillo. En medio de todo esto,

Colin no solo mantiene la calma: la crea. La historia que nos rodea no lo toca.

«De verdad cree que hay esperanza.»

—¿Tienes un teléfono? —Rebusco en la bolsa que hay en el respaldo del asiento, tirando las revistas y las instrucciones para los chalecos salvavidas. Mis manos tiemblan y todo se ve borroso—. Deberíamos intentar hablarle a alguien...

—No nos vamos a morir.

Colin acomoda la almohada detrás de mi cuello y pone una mano firme y fuerte en el hueco entre mis omóplatos. Es un pequeño detalle, pero significativo en un mundo que parece encoger. Es cálido. Y firme también, como si estuviera hecho para esto. Hecho para estar aquí, en este momento, por razones que nunca entenderé.

Juntos, nos agachamos tanto como nuestros cuerpos y el espacio lo permiten. El tiempo comienza a fallar y de pronto se detiene por completo. Las mascarillas de oxígeno revolotean detrás de mi espalda como pájaros confundidos. Los gritos se convierten en llantos. El avión se lanza hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados. Quiero asomarme por la ventana para ubicarme, para ver una última cosa, una estrella, una casa, o quizá solo el cielo, antes de morir. Antes de que todo deje de existir.

En lugar de eso, contemplo mis zapatos. Unos tenis viejos y desgastados, blanqueados por el cloro de todas las horas que han pasado junto a la alberca. Una de las agujetas está desatada, no puedo amarrarla con los brazos alrededor de las piernas. Me quedo así, observando la descolorida palomita de Nike, viendo cómo mis lágrimas manchan la alfombra industrial azul. Qué visión más horrible justo antes de morir: manchas de fresco, polvo, una araña muerta. Pero tengo demasiado miedo de ver cualquier otra cosa. Tengo miedo incluso de moverme hasta que Colin dice mi nombre y este terrible horror se desvanece de nuevo.

Solo nos separan unos cuantos centímetros, nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir el aroma a menta de su aliento. Debe de haberse lavado los dientes después